

donde el inocente ajeno a la asechanza, estaba limpiando el morral de su caballo y allí le soltaste entre otras muchas cosas, más o menos burlonas e incisivas, aquello de «si te tenía miedo» y de «si por qué te disparaba»...

Y más tarde aun, cuando lo *amansaste*, cuando con vagas promesas hiciste abrir su corazón a la luz de tus ojos, como se abren las flores a la luz de la aurora, cuando entregado a ti por completo, te traía ya, en homenaje y como a una princesa bárbara, desde el huevo de perdiz reluciente y de color chocolate, que encontraba en el campo hasta el durazno pintón que a hurto de su padre, arrancaba del único árbol tempranero que hay en la huerta, entonces y molesta sin duda por su insistente apremio, entonces le diste sin compasión la primera puñalada:

«Tú no habías venido a «La Estancia», para quedarte en ella «toda la vida».. Tú te volverías al lejano pueblo de tu residencia habitual con tus pulmoncitos ya oxigenados, muy pronto, dentro de un mes quizá».

¿Y te acuerdas cómo palideció el pobre al oírte, cómo tuvo que sentarse de golpe, en el mortero ése que está siempre parado detrás de la cocina que corresponde «a las piezas del mayordomo», cómo lloró en tu presencia al igual que un chicuelo de cuatro años y cómo tú, sin dejar de mano tus ambigüedades de pequeña coqueta, que no quiere pero que *no suelta*, le consolaste al cabo con esta promesa, tan sin precedentes en los anales de la crueldad femenina, como en los anales de la tolerancia y de la ingenuidad de los hombres:

—Yo le contestaré antes de irme.

¡Sí, señorita!.. Ni más ni menos. Usted esperaría a estar con el pie en el estribo del *break* para decirle al infeliz que no lo quería... Y lo más enorme y lo más atroz ha sido que el pobre muchacho haya debido y podido vivir todo este mes que termina, sin otra leña para la hoguera de su pasión, que alguna coqueta mirada suya, que alguna vaga sonrisa...

—¡Ah, ah!... ¡Y diga Ud. qué por suerte para él, el muy infeliz, no ha creído todavía, en eso que le *soplaron* la otra tarde, cabe uno de los esquineros del cerco de la quinta; y no lo ha creído porque a la edad que él cuenta, no puede concebirse una monstruosidad tan grande, como esa que significaría el casamiento de una chica como usted con un hombre como su primo, es decir «con un viejo asqueroso», que tiene como treinta años!

¿Y ahora en qué piensa usted, quiere decirnos; usted que sabe muy bien que mañana se marcha para el pueblo y que sin embargo está dejando pasar las horas *metida* ahí en su cuarto y sin darle a Mario la respuesta que le debe?.. ¿Qué?.. ¿Será acaso que todavía no ha encontrado usted hora, ni sitio, ni viscera que satisfaga plenamente, su íntimo y atroz deseo de que resulte mortal la puñalada?..

Mientras usted está ahí, en su cuarto, planchando posiblemente alguna ropa interior para su viaje, y más posiblemente aún, Pensando en el próximo carnaval, allá, en

el pueblo, mientras usted está ahí en su cuarto despreocupada en absoluto de lo que puede ser mañana de Mario, él, echado allí, a la sombra de las acacias, aún confía en usted, aun es todo suyo, aun piensa en que bien vale usted cuantas burlas ha tenido que soportar de parte de su hermano y de todos los suyos: que bien vale su amor las mil punzadas crueles con que han lastimado su corazón generoso, esos mil miserables que apenas advierten que alguno ha hallado por fin una oportunidad para elevarse un poco, ya se arrojan decididos sobre él, para impedirselo a fuerza de pedradas o escupitajos...

—Sí, señorita... Todo esto es muy amargo sin duda, pero es la verdad verdadera. Por diversos motivos, pero siempre por su simpática causa, Mario está enojado o dolorosamente resentido con casi todas las personas que forman este pequeño mundo de «La Estancia». Con el padre, porque una vez le dijo que se dejase de hacer el pavo y que cuando quisiera *andar* con mujeres que no fuesen de su condición se fuese «por ahí, lejos... a la... la...». Con la mamá porque juzgó apenas la vió a usted que usted era una guaranguita... Con Leo, su hermano único e inseparable compañero de «tantos años», porque a cada paso suelta dicharachos de mal gusto a propósito de ese insignificante defectillo que tiene usted en la nariz, pero que por ser suyo a Mario le parece como una gracia más de su persona. Con la negra Benita, la cocinera: con el gringo quintero: con la *desgraciada* de Adela, la sirvienta, y contra toda esa *recua* de canallas y de *alcauciles*, por todo eso y porque uno por uno le han ido repitiendo invariablemente aquello tan odioso de que «parece mentira que un niño, que un mocito *bien*, pueda fijarse así sin mala intención en una chica pobre como Ud., y, además, porque algunos de ellos y muy especialmente las mujeres, muestran un odio tan venenoso y tan profundo contra Ud. que hasta palidecen de sólo verla cruzar el patio, con su sombrilla, y su vestido encarnados...

Con todos los demás, es decir, con la mayoría de los peones, Mario está también disgustado porque son unos groseros, porque son unos insolentes, porque son unos pervertidos y porque no hay uno solo que no le haya aconsejado con tanto empeño como si en ello le fuera la vida, «una sarta de infamias» contra usted, «una sarta» tal de infamias, que «ni siquiera pueden repetirse». Sí, señorita... ¡Pobre chico!... ¡Viera la cara que puso la primera vez que le oyó algo así, a Aguilera, el gaucho ése a quien él mismo estima y *admira* tanto! Estaban en la cocina de los peones, una mañana los dos solos. Mario, como de costumbre, hablando y hablando y haciendo proyectos de amor para el futuro, y el otro cosiendo una rienda. De pronto Mario cambió de tono y dijo, dirigiéndose al gaucho, entre confidencial y afectuoso:

—¡Ah!... ¿Sabe, Aguilera, que le estoy por pedir un rulo!

¡Y oyera, Ud., señorita, la contestación de aquel bestia!

¿Ha observado Ud. alguna vez en el tambor? ¿Hay en el suelo un balde lleno hasta los bordes de una leche blanca, nacarada, límpidísima y de repente se asusta o se enoja alguna vaca arisca o mañera y... ¡zas!... al cocear, hecha entre el balde una pella enorme de barro, de estiércol o de cualquier inmundicia? ¡Bueno! El mismo efecto ha de haber causado al caer en la albura de lirio del amor del muchacho, la brutal obscenidad de aquella frase.

Dicen que se fué de la cocina más blanco que el pañuelo que llevaba al cuello y que por espacio de una semana entera no dirigió la palabra al capataz, ni aun para darle los buenos días...

En uno de los ángulos sombríos del galpón de «La Estancia», hasta donde llegan las tufonadas de horno del ambiente exterior, que los empujones del norte arrachado hacen entrar por la puerta, Leo, don Frutos, el capataz Aguilera y otras personas más están mirando un caballo. Es el caballo de Mario.

El roano, con la cabeza inclinada, los ijares hundidos y el pelo ensortijado en mil sucios remolinos que el sudor ha fijado al secarse, respira soplando estertorosamente por un rojo agujero que tiene junto al codillo, del lado de enlazar.

La escasa hemorragia después de correr a lo largo del remo como una cinta encarnada, forma con el polvo del casco un negro lodo de sangre.

Tras un breve silencio, el *peón por día*, un tapecito inquieto, con chiripá pampa y que al moverse *ara* el piso de tierra del galpón con las rodajas sonoras de sus grandes espuelas, torna a explicar a don Frutos cómo ocurrió el accidente:

—Ya le digo. Cuando endespues que se largó el rodeo, yo llegué al jagüel casi mesturao con las puntas de hacienda sedienta que caiba a la aguada balando y trotiando, ya estaba allí el chico jaguelero, pero... ¡cha!... ¡Con razón dicen que no hay comedido que salga bien! Queriendo hacer un favor... ¿sabe?... queriendo hacer un favor, porque me pareció al ver cómo se apiñaban los animales ande mesmo volcaba la manga, que alguno podía cairse adentro, agarré y metí el caballo entre el montón, pechándolos y castigándolos con el poncho. ¡Y yo no sé!... ¿Quizá no más algún toro chúcaro al levantar la cabeza asustao me lo agarró tan fiero con la *guampa*? ¡Yo no sé!.. Es cierto que advertí que medio se me alzó de manos entre la hacienda, pero recién me dí cuenta de que estaba corneao al ver cómo afluejaba del encuentro...»

Y el gauchito con sus ojos renegridos y desconfiados, busca con insistencia los ojos del mayordomo, pero don Frutos no le atiende ya porque está muy ocupado en mostrar a Leo, cómo la fuerza de aquel soplo pneumo-torácico del pobre caballo de Mario alcanza a apagar un fósforo.